



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina, S. M. la Reina Doña Maria Cristina y S. S. A. A. R. R. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 2.

ÉPOCA 2.^a

NÚM. 19.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs. Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 11 Diciembre 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses 42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultramar un año 120 rs.

SUMARIO.

Crónica de teatros, por D. Dámaso Delgado Lopez.—El misántropo, por D. Enrique Vivanco y Menchaca.—El original de un retrato, por Don Salvador María de Fábregues, (conclusion).—Ferro-carril de Valencia á Almansa: Puente de Montesa.—D. José Selgas y Carrasco, por D. Jacinto Labaila.—Victor Hugo como poeta, por el Dr. Lopez de la Vega.—Vida breve, (poesía) por D. Rafael Blasco.—A la primavera, (poesía) por D. Teodoro Llorente.—A la muerte de mi buen amigo D. Tomás Rodríguez de Colombres, (poesía) por D. Mariano Llorente Fernandez.—La hija del coronel Despard: novela original, por D. Alejandro Buchaca y Freire, (continuacion).

Láminas. Vista del puente de Montesa en la línea del ferro-carril despues de la inundacion.—D. José Selgas y Carrasco.

CRÓNICA DE TEATROS.



la multitud de espectadores que acudian á admirarla; y últimamente, en Barcelona, y en

Bérgamo y otros puntos tratan de erigirse magníficos teatros, lo que nos prueba que el arte escénico jamás se verá en desprestigio, si no que antes al contrario, su existencia y porvenir, será tan eterno como el mundo.

Con todo, á pesar de que se escribe mucho, pero poco bueno en el extranjero, á pesar de que nuestros coliseos españoles alimentan en su escena magníficas troupes de todo género, y por contera que el público siempre está ávido de producciones, no es esto bastante para producir nada original, sino solamente malos arreglos y peores traducciones de obras francesas.

En el curso de nuestra quincena pasó el entusiasmo de que Romea ha sido objeto á su reaparicion sobre la escena despues de una grave enfermedad. Pasó en el teatro de Nove-dades el estreno de los *Chambergos blancos*, de Scribe, comedia en tres actos, arreglada á nuestra escena; y la comedia de magia, original de D. Antonio Brabo, titulada *Urganda la desconocida*, que aun todavía se está egecutando. En Jovellanos los juguetes en un acto, arreglados del francés, por el Sr. García Gonzalez, *Como el pez en el agua* y *Las hazañas de Calleja*, todas con buen éxito; y últimamente, en el teatro del Circo, la zarzuela nueva en tres actos, tomada de la ópera cómica francesa *Salvador Rossa*, titulada *El toque de ánimas*, por los Sres. D. Dario Céspedes y D. Emilio Arrieta, que ha tenido un éxito brillante.

Arreglos y traducciones son nuestras novedades, y arreglos y traducciones lo son tambien las de nuestros vecinos allende los Pirineos. Una prueba de esto es la acalorada polémica que en los círculos literarios de París sostienen acusándose de plagios Victoriano Sardou y Eduardo Fournier, pues los dos han dado una produccion igual, en el concepto de original, que buscada su pista, procede de una novela, la cual tuvo origen de un drama inglés, y éste de una comedia italiana, cuyo autor bebió la idea primitiva en nuestro Fénix de los ingenios Fray Lope Felix de Vega Carpio.

Los nuevos maestros músicos no cesan de escribir óperas y tienen suficiente razon para ello, pues la música alcanza hoy un favoritismo desconocido. En el teatro de la Academia imperial de música de París continúa egecutándose la ópera de Mermet Roland á *Roncevaux*, que á las doce representaciones, habia producido la respetable suma de mas de 130,000 francos; y en Génova tambien ha obtenido un brillante éxito la nueva ópera del maestro Ferrari, titulada *Il cadetto de Guicogna*.

El teatro de la Scala de Milan anuncia ya su apertura para el dia 26 del corriente, y en la que se estrenará la ópera de Petrella *La condessa di Amalfi*.

Ya señalaremos el éxito que haya tenido, lo mismo que la que está escribiendo el maestro Gounod, denominada *Cing-Marsset di Tkou*.

El verdadero acontecimiento teatral del

dia, y tan general como toda España, son los beneficios por los desgraciados de la inundación de Valencia. En todas partes, por todas las empresas y por todas las sociedades de todas clases, ese es hoy el principal objeto: así es que nos congratulamos solo al consignar nuestro recuerdo á tales hechos, que no podemos señalar por los estrechos límites de que disponemos.

Unicamente nos resta hablar de nuestros dos teatros favorecidos del público y de las novedades con que nos han regalado en la pasada quincena.

Pesado sería la repetición de las producciones que se han egecutado, y solo vamos á ocuparnos de las nuevas.

En la parte dramática, la comedia en tres actos *Antaño y ogaño*, y la piececita en uno *Las tres hijas de Elena*.

En la de zarzuelas, las nuevas en un acto *De tal palo tal astilla* y *Un concierto casero*, y la nueva en este teatro en tres actos *Un tesoro escondido*.

Todas estas producciones han sido bien acogidas y aplaudidos los actores por el público.

La protagonista de *Antaño y ogaño*, y de *Las tres hijas de Elena*, señorita Granados, ha estado inimitable á la par que Perico García que la acompaña; habiéndoles hecho repetir el público el baile gallego *La muñeira*, que tan bien egecutaron en la primera.

En las zarzuelas *De tal palo tal astilla*, de Selgas, y *Un concierto casero*, todos lo han interpretado magistralmente. La primera es una bonita y original producción, con novedad en los caracteres y en todo; agradando mucho al público el rapazuelo señorita Rodríguez, y la pastorcita Castro, como igualmente Campamor, Fábregas y Carbonell, que todos llenaron su cometido.

El esperpento *Un concierto casero*, hizo reír mucho al público con su exhibición de mamarrachos, entre los que fue caracterizado muy bien el que ostentaba la señora Custodio.

Un tesoro escondido, ha sido la última zarzuela egecutada en el Principal, y de ella solo diremos que como producción de Ventura de la Vega y Barbieri, y como interpretada por los artistas que hoy cuenta nuestra escena, salió el público muy complacido después de haberles demostrado con aplausos su entusiasmo.

Se ha vuelto á poner en escena *Maria di Rohan*, y por primera vez en este año *La Traviata* popular, de Verdi. Su éxito ha sido bueno, habiéndolo demostrado el público con repetidos aplausos, y haciendo salir á la escena á los actores; entre los que no podemos menos de citar á Várvaro y la simpática señora Passerini.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

EL MISÁNTRPO.

«Misantrópia: s. f.: aversión al trato humano, humor tético y desapacible contra los demás hombres. Es lo contrario de filantropía.» Tal es la definición que nos dá el «Diccionario de la lengua española» de la palabra *misantrópia*. Pero ésta no comprende mas que el fenómeno externo, el efecto visible: nosotros vamos hoy á estudiar el fenómeno en su formación, el efecto en sus causas, la misantrópia en el misántropo.

Empezaremos por sentar que el misántropo no es ni mas ni menos que un filósofo pesimista de la escuela de Heráclito, filósofo inconsciente,—si se nos permite la frase,—pero que sin embargo, hace la disección de las capas dañadas de nuestra sociedad con un escalpelo tan penetrante como el de Fourier, San Simón ó Roberto Owen, si bien á diferencia de estos atrevidos innovadores, queda abrumado y envuelto entre las miserias que analiza,

porque le falta el vigor de espíritu necesario, para remontarse á la altura desde donde se descubre la unidad en la variedad y la armonía en el mismo desconcierto social. Impotente para elevarse de los detalles al conjunto, el misántropo queda preso en la cárcel sombría en que entró inadvertidamente guiado por la noble inesperienza de sus sentimientos; y siéndole allí imposible crear la luz, acusa y aborrece las tinieblas que le cercan, esto es, la parte viciada de la sociedad que él atribuye á una malicia incurable de la inteligencia humana.

Así es que, el misántropo, considerado socialmente, es el sér mas desdichado del mundo. Un hombre á quien nadie agrada, dice La-Rochefoucauld, es mucho mas digno de compasión que el que no agrada á nadie. Ahora bien: ese hombre á quien nadie agrada es precisamente el misántropo.

Hay, sin embargo, dos ocasiones en que la mirada del misántropo pierde el negro velo que la cubre de ordinario, reemplazándole un tinte suave y melancólico que revela el fondo de su naturaleza tierna y contemplativa. El misántropo, que odia cuanto es impuro, ama con pasión á los niños y á las flores, esos dos hermanos inocentes que guardan todo el aroma de la vida.

¿Veis aquel solitario que pasea por entre jardines buscando los sitios mas apartados como si esperase de las fuentes del silencio la revelación del enigma misterioso que nos identifica con las plantas en el seno de la armonía apasionada que vivifica á toda la creación? Pues ese suele ser un misántropo.

En una mañana cruda de invierno, uno de esos niños desgraciados que son el fruto del amor indigente, atraviesa descalzo sobre la nieve, con los pies ateridos y procurando con sus manecitas casi heladas estirar los girones de un pedazo de manta con que intenta cubrirse el desnudo pecho. De pronto el niño se detiene; un abrigo magnífico ha caído á sus pies, al par que de un balcón inmediato se retira precipitadamente un hombre con el entrecejo mas feróz del mundo y los ojos preñados de lágrimas. Este tambien suele ser un misántropo.

¿Cómo, pues, se dirá, puede combinarse una tan esquisita sensibilidad con la condición huraña y áspera que distingue al misántropo? Nos explicaremos por partes.

En primer lugar observaremos que no debe confundirse al misántropo con el melancólico, ni con el discolo. Verdad es que su carácter participa de ambas cualidades; pero relacionadas y subordinadas con otras circunstancias principales que constituyen la esencia del tipo que venimos analizando. La melancolía, por sí sola, es un mal de accidente ó de temperamento; así como los géneos á quienes conviene la calificación de discolos, son, única y exclusivamente, los que han recibido escasa ó ninguna educación. Tampoco debe equivocarse con el escéptico, con ese *cadáver vivo* que de todo duda, pero que en cambio cree en su razón particular que le aconseja dudar y.... váyase lo uno por lo otro. No. El misántropo debe ser colocado en otra esfera mucho mas elevada. La enfermedad que turba y ennegrece su inteligencia separándola del sentido común ordinario, es una enfermedad *reflexiva* que ha llegado á apoderarse de su alma después de haber observado mucho, de haber meditado mucho y de haber derramado muchas lágrimas amargas sobre las miserias de la humanidad.

El falso raciocinio del misántropo no consiste en que parte de ideas absolutas para juzgar de la moralidad de las acciones humanas, sino en el sentido riguroso que en la práctica quiere dar á estas mismas ideas, olvidando que el progreso en todos los órdenes, es á manera de una *línea espiral* que se eleva lentamente y cuyo término vá á perderse en el cielo como la escala de Jacob.

Es sentencia mundana que debe capitularse con la ignorancia y la malicia, por la misma razón que se capitula con un enemigo superior en número; mas el misántropo que es una especie de columna miliaria en el mundo moral, jamás transige con los deberes de su conciencia, en la cual lleva escrito con caracteres indelebles que, ser indulgente con el malo, es conspirar contra el bueno. En esta parte su pureza es inflexible, y le hace detestar las tolerancias *convencionales* con tanta energía, como constancia hay en su pecho para rendir culto á todo lo que es cándido y sencillo. Por esta razón, el misántropo que se desentiende y vuelve la espalda á las desgracias de los hombres, porque las considera como el justo castigo de sus perfidias, se conmueve y enternece ante el espectáculo inocente de un niño que mendiga, ó de una pobre flor que se deshoja con el viento de la tarde.

En suma: el misántropo, después de haber llorado como el filósofo *Scotinos*, sobre las plagas que gangrenan á nuestra sociedad, seca sus ojos y se condena voluntariamente á un ostracismo que le incomunica casi por completo con sus semejantes.

Mas como ninguna gran pasión puede aniquilar sus fuerzas de repente, aunque sí cambiar su objeto, el misántropo se enoja hasta el odio contra los obstáculos que no pudo vencer, obstáculos que llegan en conjunto á herir sus sentimientos bajo la forma abstracta del sér humano pervertido é incapaz de redención. No pudiendo el misántropo refugiarse en la ataraxia de los estóicos, porque la fibra de su corazón es delicada é impresionable como la de una virgen que sueña con sus primeros amores, huye de todo contacto y se encierra en sí mismo, poniendo su santa indignación á la sombra mística de sus esperanzas religiosas. Y cuando nada espera ya de los hombres, dirige toda su atención y deposita su fe entera en el Arquetipo que siente grabado en el fondo de su alma, concluyendo por entregarse completamente á la contemplación intuitiva del ideal perfecto que cada día le descubre una belleza nueva, una luz mas clara y penetrante que le lleva por los espacios infinitos, separándole cada vez mas de la tierra.

Sin duda alguna el misántropo es un maniático si se le mide por el nivel práctico de nuestro destino presente; pero un maniático digno de respeto, como lo es en cierto modo el yoguí de la India ó el anacoreta cristiano. En último resultado, el misántropo es una especie de yoguí ó anacoreta, cuya existencia choca principalmente por el contraste que hace con la sociedad en que vive.

De cualquier modo, nosotros aconsejamos á nuestros lectores, que si tropiezan por ahí con algun misántropo, se vayan á la mano en lo de burlarse; teniendo en cuenta aquella máxima que dice: En el teatro del mundo nos silbamos los unos á los otros; y con frecuencia acontece que el mas ridículo es el que silba mas recio.

ENRIQUE VIVANCO Y MENCHACA.

EL ORIGINAL DE UN RETRATO.

(Conclusion.)

III.

La noche sobrevino. Imperia no quiso recibir á nadie después de la partida de Grimaldi. Se hizo vestir un traje sencillo, y cubierto el rostro con una máscara, como era costumbre en la corte romana en aquel tiempo, subió á su carroza y mandó que la condujeran al palacio Panfilí. A su llegada, fácilmente se introdujo en la magnífica galería donde se celebraba el baile. Sin embargo, su presencia en el salón

de baile, no pudo menos de llamar la atención, porque á más de su sencillo trage, era la única dama que se presentaba sin caballero acompañante.

Doña Olimpia, rodeada de una numerosa corte de caballeros, correspondía con amables sonrisas á las galantes frases que los cortesanos murmuraban á su oído. Cuando Imperia la apercibió, le dijo después de haberse apoyado en su brazo.

—Olimpia, tengo que hablarte.

—¡Aquí tú! respondió la consejera del Pontífice.

—Es preciso que te hable al instante.

—Bien ¿y dónde?

—Donde nadie nos oiga.

Estas dos mugeres de las que se tenían opiniones tan diferentes en Roma, cojidas del brazo, se dirigieron al jardín de palacio.

—Ante todo, dijo Olimpia á su compañera que se había quitado la máscara para refrescar su ardorosa frente con el puro aire de la noche, dime lo que quieres.

—Olimpia, es preciso que el Santo Padre mañana mismo, mañana, ¿lo oyes? conceda su perdón al conde Luis de Parauzio, y la dispensa necesaria para que se pueda casar con su tía, la viuda del senador Colona.

—Y crees Imperia que lo conseguiré? ¿Sabes lo que pides y por quién te interesas?

—Ya sé que es bastante difícil, pero también es preciso.

—Me parece que no podré obtener lo que deseas, además que no me atreveré á pedirselo.

—Yo te lo pido de rodillas, Olimpia, hermana mía.

E Imperia, la célebre cortesana, cayó á los pies de la gran señora.

—Levántate, Imperia; dijo Olimpia conmovida, estrechándola contra su corazón; levántate, ya veremos. Ponte la máscara y retirémonos.

—¡Oh! ¿no me prometes nada?

—Ensayaré. Espera.

—¿Cuándo nos veremos?

—Mañana en tu casa.

—Tú eres buena, Olimpia, hermana mía; ahora abrázame y adios.

IV.

Al día siguiente Grimaldi fue á casa de Imperia. Esta le dijo al entrar.

—Amigo mio, es preciso que apeles á todos los recursos del arte, para que quede terminado ese retrato hoy, pues esta es la última escena que os puede consagrar la desgraciada Imperia.

El Bolonés puso manos á su pintura. Había principiado la imagen de una bella joven con todo el brillo de la juventud, y acababa el de una muger, bella, sí, pero con toda la gravedad de la reflexión. Antes se destellaba en sus radiantes ojos, un corazón ávido de amor; en aquel día se presentaba el modelo espresando en su mirada los padecimientos de un alma enamorada y ardiente. Al dar la última pincelada, anunció un lacayo á Doña Olimpia Maldachini.

—¿Doña Olimpia aquí, señora? dijo Grimaldi.

—Es para ella, para quien habeis hecho el retrato, querido Bolonés, respondió simplemente Imperia, y se levantó para salir al encuentro de la anunciada visita.

—Toma, dijo Olimpia, entrando, y al mismo tiempo le entregó unos papeles.

—¡Oh! gracias hermana mía; exclamó la pobre Imperia, en una explosión de alegría.

La admiración se retrató en el semblante del pintor. Imperia lo notó y le dijo:

—Sí, maestro, mi hermana, la legítima hija, la dichosa, elevada por su virtud, en la casa de nuestros padres de la que nunca ha salido, mi hermana, que se acuerda aun de

la pobre hija natural, abandonada á todos los rigores de la vida, cortesana en fin. Vedlo todo, noble amigo, no quiero ocultaros nada, para que lejos de vos me compadezcáis también, ¿no es verdad? cuando no nos veremos mas.....

Imperia, abrazada á su hermana vertía en su seno dulces lágrimas que Olimpia confundió con las suyas. Grimaldi lloraba también.

—Imperia, qué habeis querido decir, preguntaron á la vez el amigo y la hermana.

—Ya lo sabreis pronto, mis dos buenos cezones, dijo Imperia abrazándoles. Esta noche Bolonés, en la villa Imperia. Cuento con vos. Tú, Olimpia, no me abandonarás aun. Y se retiró con su hermana. El pintor quedó contemplando su obra y dando los últimos toques.

V.

Aquella noche la villa Imperia, resplandeciente de luces, recibía á los invitados por su dueña, siendo el Bolonés, uno de los primeros que acudieron. Llamóle la atención no ver entre la numerosa sociedad que poblaba aquellos salones y jardines, á la reina de los reinos del placer, como se la llamaba en Roma; mas su admiración creció de punto, al ver entrar á Imperia completamente vestida de negro, como llevando luto de la perdida esperanza que abrigaba su corazón. Apoyándose en su brazo, le condujo á un lujoso retrete, y poniéndole entre sus manos un paquete sellado, le mostró al mismo tiempo sobre un mueble, un cofrecito ricamente cincelado.

—Amigo mio, dijo ella, aceptad ese recuerdo de una afección sincera y jamás interrumpida, entre el gran pintor y la gran cortesana; y para daros una nueva prueba de afecto, partid mañana á llevar estos papeles á Luis de Parauzio, y podrá volver á Roma y ser feliz. Ahora, maestro, dadme vuestra mano para que os dé mi *Adios* postrero, y dejadme apoyar en vuestro leal brazo para entrar en el baile, y aparentar algunos momentos que soy dichosa.

Grimaldi comprendió el grande amor, el inmenso sacrificio de aquella muger, y suspirando le dió el brazo, para conducirla al salón con triste ademán, como si fuese á un entierro.

Esta fue la última fiesta que dió la grande Imperia. A la mañana siguiente desapareció de Roma, sin que nadie pudiese averiguar su paradero, ni los pobres entre quienes había repartido sus riquezas. Un mes después nadie se acordaba en Roma de este acontecimiento.

El baron concluyó su narración, y observando que sus oyentes continuaban contemplando el retrato.

—Parece que no habeis quedado satisfechos, dijo. Pues va el epílogo.

VI.

Quince años después de los sucesos que he narrado en el pontificado de Clemente IX, falleció Imperia en el monasterio de Santa Escolástica. Las rigurosas penitencias, y estremada vida ascética que se había impuesto, acabaron con su salud y con su vida, que por otra parte ya minaba una profunda melancolía. Había ocultado y procurado atribuir á otras personas sus servicios prestados al conde Luis de Parauzio, que también por su influencia fue nombrado senador tres años después de haberse enlazado con la viuda de Colona. He procurado demostraros que el original de ese retrato, á pesar de ser una cortesana, había amado con un amor celeste, inmenso como lo desconocido, profundo como el mar. Imperia, escepcion de su clase, era el tipo de la muger que con tanto afán buscaba D. Juan.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

FERRO-CARRIL

DE VALENCIA Á ALMANSA.

PUENTE DE MONTESA.

A consecuencia de la terrible inundación de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, la vía-férrea de esta capital á Almansa ha sufrido considerablemente ascendiendo las pérdidas á una cantidad enorme.

El puente de Montesa, cuya vista damos en este número, situado entre la estación de Játiva y Alcudia, sobre el río del mismo nombre, es uno de los que han quedado completamente destruidos.

Sus obras se ejecutaron el año 1856 y tenía de elevación 85 pies ó sean 23 metros 68 centímetros por 200 pies ó 56 metros de luz con un solo tramo de hierro.

La obra de fábrica se componía de sillares y ladrillo con rellenos de mampostería.

El coste fue de 1.800.000 reales, y en la actualidad no puede utilizarse para su recomposición mas que uno de los estribos.

El bastidor de hierro pesa 180 toneladas, y la fuerza de la corriente, no solo lo ha conducido á 700 metros de distancia, sino que se ha encontrado partido en dos trozos y uno de ellos completamente cubierto por la grava del río.

Ignoramos que ninguno de los colegas de esta capital haya dado noticias exactas sobre todos los grandes destrozos ocasionados, pero estos son de mucha importancia y por lo tanto acreedora la empresa á que el Gobierno de S. M. tomase algún acuerdo en su favor.

Gracias á los laudables esfuerzos de los señores ingenieros D. Jaime Beaty y D. Tomás Trenor, quedará pronto restablecida la comunicación hasta Játiva; pero á merced de puentes provisionales, pues los de fábrica costarán muchos meses de edificar.

D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

El papel mas simpático que el hombre puede representar en la comedia del mundo es el de Mecenaz: la protección para ser eficaz ha de venir de lo alto; cuando no viene, no puede pasar de las aspiraciones de un deseo mas ó menos vehemente: la protección para ser eficaz ha de recaer en quien tenga verdadero mérito; cuando así no es, la protección toma el carácter de una injusticia, contra la que se sublevar el talento menospreciado y la opinión pública, que detesta los privilegios.

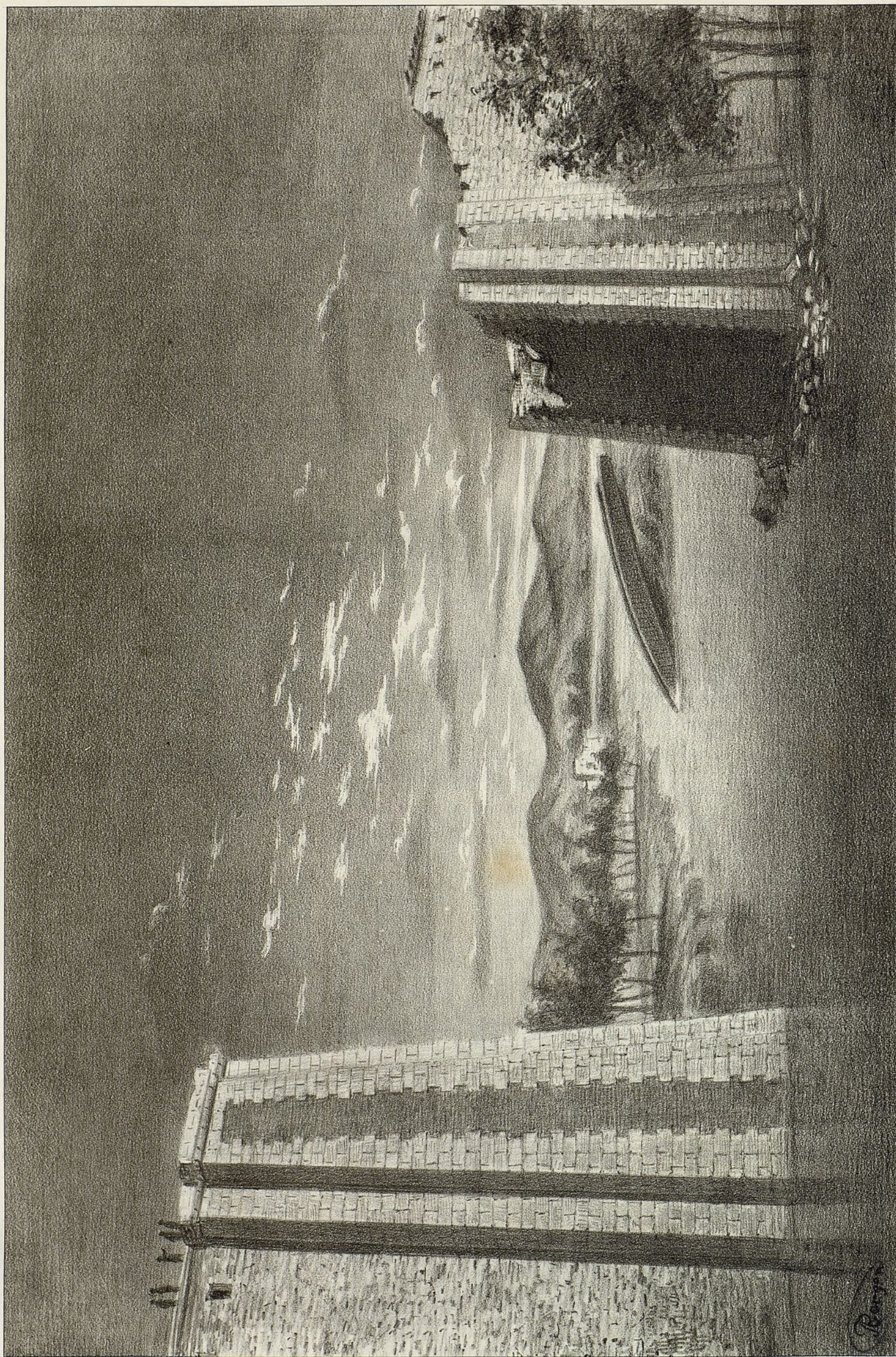
Los países en los que se protegen las letras, las artes y las ciencias escriben sus nombres en las primeras páginas del catastro de la civilización.

La protección al talento es la conquista que la civilización va arrancando lentamente de las garras de la fuerza; y aquel salva así la desigualdad de la cuna y las distancias de las posiciones sociales.

El nombre que encabeza este artículo nos ha sugerido las reflexiones que acabamos de apuntar: es una prueba patente, viva, de una de las protecciones legítimas, justas.

Hubo un ministro de la Gobernación que, arrancando de una provincia subalterna á un hombre de verdadero talento donde vivía oscurecido, y llevándole á la corte, dotándole con medios para afianzar su subsistencia, le hizo desplegar un ingenio, que quizás nunca hubiera desplegado; le hizo adquirir un nombre, que quizás nunca hubiera adquirido; le hizo honrar á la literatura española, que quizás nunca hubiera honrado.

Es posible que sin la protección hubiera muerto su ingenio falto de espacio y falto de aire, como mariposa encerrada en oscuro recipiente de cristal.



Lit. V. ALEGRE, para Constitución, 2.

Vista del puente de Montesa en la línea del Ferro - carril, despues de la inundacion.

D. José Selgas y Carrasco, abandonando su patria, Murcia, voló á Madrid llamado por una delicada carta que le dirigió el conde de San Luis, entonces ministro de la Gobernación del Reino.

Poco tiempo después, el huérfano de padre y patria, recibía de manos del ministro citado la credencial de auxiliar del susodicho ministerio, plaza dotada con doce mil reales.

Poco tiempo antes vió la luz pública un lindísimo tomo de poesías firmadas por el neófito de la literatura, por el vate murciano, obteniendo la confirmación unánime del país de poeta distinguido; nombre legítimo con el que le había bautizado el crítico D. Manuel Cañete.

La Primavera, título de la colección de las citadas poesías, vino á decir al mundo literario español que había nacido un ingenioso poeta; y la fama pública anduvo acertada al darle este nombre, pues bien lo merecen esos deliciosos cantos que tienen algo del idilio y del apólogo, el aire triste de las composiciones del Norte y la sencillez filosófica de las parábolas bíblicas.

Hasta entonces Selgas solo fue conocido como poeta.

Después vinieron los trastornos políticos del 54; su protector lanzado por la revolución huyó de Madrid, otros hombres y otras ideas ocuparon el poder y nuestro poeta quedó enterrado en el panteón de los cesantes.

En los años siguientes al citado, que la política llama *el bienio*, haciendo guerra y guerra de esterminio al estado de cosas de la sazón, apareció en el estadio de la prensa un paladín que, cubierto con un hábito, con la risa en las lábios, y destilando ingenio de los puntos de su anónima pluma mojada en hiel, hacia las delicias del público afecto á la literatura y á la política y atemorizaba á los ministros con sus sátiras deliciosas.

Ocioso creo decir que estoy hablando de *El padre Cobos*, periódico anónimo, cuyos redactores se ocultaron de tal modo que nunca el gobierno pudo descubrirlos á pesar de sus constantes pesquisas, á pesar de los medios que para ello empleó.

La voz pública, sin embargo, designaba como redactores de *El Padre Cobos* á algunos escritores conocidos por su talento y por sus ideas políticas, y marcaba á D. José Selgas como á uno de los principales mantenedores del mencionado periódico.

Esto que, entonces, no conociendo de Selgas mas que la poesía, era una sospecha casi sin fundamento, pues el público no conocía, no podía conocer aun el estilo de la prosa del vate murciano; pasando algunos años y muchos acontecimientos, cuando ya éste dirigió *La España*, y escribió una larga serie de artículos en los periódicos de la corte con su firma al pie, y en el *Diario de Barcelona* sus *Revistas de Madrid*, con sus iniciales, fue casi una certidumbre, fue casi una evidencia.



D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

Compárese el ingenio, el discreto, la corrección, la sátira, los juegos de frase, el modo de dar vueltas á las ideas, llevándolas unas veces hasta la paradoja, otras hasta el solismo, y muchas hasta el epigrama; compárese, en una palabra, el estilo original, propio que destilan sus artículos, coleccionados hasta el presente en tres tomos, con los artículos insertos en *El Padre Cobos*, y en muchos de ellos encontrará á priori cualquiera que no sea profano en literatura, el aire de familia de unos y de otros.

En efecto, mas ó menos superficial, mas ó menos falso, pero brillante siempre, correcto como pocos, ingenioso como menos, pero con estilo suyo, enteramente suyo, es todo cuanto en prosa escribe D. José Selgas.

Por el año 1857 dió á la prensa otro tomo de poesías para unirlo con el primero con el título de *El Estio*; esta colección, que es como una segunda parte de la anterior, en nada desmerece de ella, tiene el mismo estilo, el mismo género.

En la actualidad ocúpase el vate murciano en escribir su primera novela que ha titulado *La manzana de oro*. También ha hecho alguna escursión al teatro; pero la fábula dramática es demasiado ceñida, es demasiado rigurosa para su errante ingenio; su talento particular risueño, voluble, sin trabas, no puede sujetarse á un nudo dramático y desflora la acción pero no la llena, hace fácil el diálogo, pero se sale de él. Suya es la comedia en tres actos representada en Madrid, con el título de *Una mentira inocente*; la zarzuela en uno, que se estrenó este año, *De tal palo tal astilla*, y la comedia en dos actos *Dos ángeles*, que se representó en Murcia hace ya bastantes años.

El ingenio de cada escritor tiene su órbita

marcada, y es inútil que haga esfuerzos para escaparse de ella.

El que sobresale en un género, es un gran escritor, no vale mas el que mas géneros abarca, sino el que logra dominar alguno; así como no se aprecia mas á la muger por tener muchos amantes, sino por saber amar á uno solo.

JACINTO LABAILA.

VICTOR HUGO COMO POETA.

Al despuntar en el Oriente del siglo XIX los reflejos tumultuosos de la revolución francesa, se inició con todo su poder en la literatura europea un estilo de múltiples caracteres, engalanado con un sentimentalismo muchas veces exagerado, á cuyo conjunto se le dió el nombre de *romanticismo*. No era el estilo del romance popular de los trovadores tolosanos, ni el dulce planir de las endechas del Marqués de Villena, sino un concentrado lirismo de pasiones fue causa de decepciones crueles y de la muerte prematura de genios privilegiados.

Vinieron al mundo bajo el sol de esta literatura, Goethe, Schiller y Víctor Hugo, Byron y Espronceda, y otros muchos que, aunque de secundario nombre, parecían como decía el autor de *El Diablo mundo*, complacerse

«en arrancar del pecho,
su propio corazón pedazos hecho.»

Llamósele á Hugo en sus primeros años el *Niño sublime*, aludiendo á su portentosa facilidad en hacer versos levantados, con imágenes portentosas; pero no se le reprendió que antes de sufrir llorase, que antes de conocer las miserias humanas, imprecara. Y cuenta que el poeta naciendo como nace profeta, sabe retratar las humanas flaquezas con los mas vivos colores, y predice como Séneca el descubrimiento de otros hemisferios, y como Horacio profetiza la destrucción de una ciudad deicida, figurándola una frágil nave próxima á estrellarse contra las rocas de los ciclopes.

No vamos precisamente á impugnar al autor de los *Miserables*, cuadro tristísimo del siglo XIX, en cuyo fondo vemos el dolor encubierto con las galas de la sensualidad, y la ignorancia esplotada por la mano aleva del fratricida; todo escrito con mano maestra.

Al retratar á Hugo como poeta, pretendemos hacer resaltar la diferencia notable que hay entre él y Lamartine, y las diversas vías que llevan sus pensamientos, aunque ambos tengan una imaginación fecunda y un esquisito sentimiento de lo bello.

Víctor Hugo como poeta, sabe describir perfectamente las sensaciones de la vida y el esplendor de la naturaleza; pero no tiene la unción conmovedora, y la flexibilidad sacratísima de Lamartine. La exuberancia de sus imágenes, es un escollo donde zozobra la sensibilidad de su alma, impidiéndole analizar las

íntimas evoluciones de su ternura, con ese lacrimoso sentir de Lamartine, que encarna las ternuras, los lloros y los recuerdos de todas las existencias, flotando en ese espacio de la esperanza, que es el misterio de los misterios y el punto adonde convergen de preferencia todas las aspiraciones humanas.

De frase rotunda, de creacion espontánea, de robusta rima y de estensa imaginacion, es el autor de *Nuestra Señora de París*, un poeta descriptivo de primer orden; pero menos místico que Lamartine, no puede inclinar el alma al goce dulcísimo de lo seráfico, ni predisponer el espíritu, tan fácilmente como él, á esas delicadas y suavísimas fruiciones, que parecen identificarle con las armonías de la naturaleza.

Cuál sea el origen de esta diferencia, no se puede á punto fijo señalar.

Es lo cierto, que Lamartine, es un poeta del cielo, que solo puede hablar del cielo, y que nada vé, nada escucha, que no lo crea hijo de una necesidad que tiene el hombre de depurarse en el crisol de la adversidad, para ganar la palma de la gloria; mientras que Hugo, mas humanado, mas objetivo, quiere que se realice en el mundo el bello ideal del progreso y que se derrumben todos los principios é instituciones que presume sin rémora al logro de su idea puramente democrática.

Lamartine vé el dolor en todas las almas, y Hugo parece atribuir el dolor tan solo á algunas almas, consecuente con las teorías de su escuela política, mas afecta á las bellezas de la armonia societaria, que á los goces de lo eterno y absoluto.

Poetas ambos de grande nombradía, secundan las miras de los primeros poetas de la antigüedad, —Homero y Virgilio;— pero al trazar en caracteres indelebiles sus pensamientos levantados, dejan impreso un linde entre sus creencias que es el que nos sirve para juzgarles en el terreno de la imparcialidad y del buen criterio.

Victor Hugo es á veces incoherente, porque fluctúa entre el misticismo y la genuina espresion política de sus elucubraciones. No es que no se separe muchas veces de esta via sembrada de espinas; pero revolucionario por esencia, —aunque mas suave que Mirabeau, — se sacrifica á la idea de sus principios políticos, absorbiendo la belleza en el ánfora de sus consideraciones sobre el porvenir de la humanidad regida por las doctrinas de la democracia.

Pero si se le preguntase en la intimidad, si cree posible la redencion del dolor, sin duda doblaría la cabeza y dijere con el Eclesiasta: *Militia est vita hominis super terræ*. Lo dice, en efecto, en su poesía á *La vida*, que es de las mas notables de su rico repertorio.

Aparte de su romanticismo á veces exagerado, lo repetimos, es un poeta descriptivo, inmutable. Cada rasgo, cada frase de sus versos, son versos de la existencia de una entidad idea ó real; un lazo que une al hombre con la naturaleza; una especie de corazon palpitante de vida, que busca un cuerpo exento de las miserias de la carne. Ya por esto que se diferencia de Lamartine. Este cree inherente el dolor á la vida; Hugo quiere redimir el dolor, con armonías societarias. Pero como el corazon está en el cuerpo y la vida está con ambos, y esta vida apenas se comprende, ni con Kant, ni con Bichat, solo se puede confesar que es misérrima y que la palma de su combate está en el cielo, como dice Delavigne.

Para algunos no es héroe el que sabe sufrir; pero para Lamartine es grande el que se sacrifica por la humanidad.

Victor Hugo espera mejores dias progresando; pero dá poca importancia á la unidad religiosa, que será la síntesis de la paz universal....

Unum ovile et unos Pastor.

En la unidad religiosa, descansará un dia el edificio del progreso y el hombre redimido hasta donde sea posible, de la coyunda del dolor.

Pues bien; Victor Hugo prefiere al parecer la unidad política, á la unidad religiosa, al paso que se estraña á veces en las exclamaciones de los profetas y de los santos, confesando que el hombre es

Cinit, nihil....

Describe el mar, los volcanes, los vientos, con la exactitud del cantor Lamartine; habla del amor como un fisiólogo; se detiene ante los misterios de una flor y parece llorar con las alondras solitarias. Pero no es Lamartine con su musa profética y consoladora; no es el ave sonora de la cristiandad, llamándonos á mejor vida. Separa la carne del espíritu y se agobia ante la ley que nos condena al dolor, herencia de la primera culpa.

Es un círculo la humanidad, del que no se puede salir sino para la tumba.

Todo es bello en la naturaleza, todo armonías y colores que fascinan; pero desde el nacer hasta el morir, el hombre es un dolor sin limites y nunca está satisfecho.

El escepticismo se encarna en esta verdad desconsoladora, y priva á los hombres de aspirar á otra mejor vida.

Hugo pretendió acabar en la iniquidad social, con el ideal democrático; pero se engaña lastimosamente. No hace bueno á nadie mas que el desasimiento de las cosas del mundo; y bajo este punto de vista, solo cuando todos conspiramos á un mismo fin y no haya *tuyo y mio*, se habrá realizado la armonía social, y el amor y la inteligencia serán la brújula del mundo.

Mientras haya cárceles y presidios, y cañones y fusiles, y aduanas y patibulos, la humanidad será el conjunto de todas las miserias de Toben; el muladar, sujeto al palo de la fuerza y á la cotizacion monetaria, que es la mano y el pié del hombre; no la cabeza y el corazon, pero el pié y la mano en esta vida de miserias.

Todo poeta que pretenda con medios destructores, con formas políticas, armonizar y salvar á los pueblos de la influencia de la iniquidad, se aparta del cristianismo, cae en el escepticismo y convierte su musa en instrumento de ambiciones bastardas.

El poeta que se consagra á pugnar por el triunfo de la verdad, debe concederle á Dios todos sus triunfos y esperar siempre de El la felicidad posible, para llegar á la gloria de los ángeles.

Este es el plan de Lamartine.

Victor Hugo no desconoce la inmortalidad; pero se engolla en las decepciones, y cede al mundo lo que ha de venir del cielo.

Su forma es elegante, hermosamente lacónica y comprensible.

Su originalidad no tiene rival. Pero su romanticismo exagerado, turba á veces la severidad de sus conceptos y pierde gran parte de su mérito indisputable, como poeta de volcánica imaginacion.

Se admira en él la galanura del concepto; pero se siente que no se abraza al árbol de la redencion social con la unidad religiosa, de la que pende la paz universal, y no de la unidad política, que es el punto culminante adonde parecen converger todas sus elucubraciones.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.



VIDA BREVE.

—Naciste apenas con la luz del dia,
Puro capullo de fragante rosa,
Y cuando el Sol por el céntit corria
Eras ya flor preciosa.

Está cerca la noche y deshojada
Vas á morir del viento á la violencia,
Rosa desventurada!

¿Cómo ha sido tan breve tu existencia?

—¿Me lo preguntas tú? Niño hace poco,
Hombre de ayer, ¿qué has hecho de la vida
Que ya al ocase te diriges loco,
Perdida la ilusion, la fé perdida?

—¿Qué sabes tú del padecer del alma?

—¿Qué sabes tú del mundo de las flores?

—¿Pierden las rosas la bendita calma?

—¿Tienen los hombres férvidos amores?

—¿Acaso las pasiones han batido

Sus alas sobre tí?—¿Me han marchitado!

—¿La sed de goces, por ventura, ha sido

La que tu vida, oh flor, ha destrozado?

—Yo anticipé mis horas con locura,
Hice de mis pasiones vano alarde,
Gasté mi vida hallando la amargura,
Ahora quiero vivir.... pero ya es tarde.

RAFAEL BLASCO.

Á LA PRIMAVERA.

(Traducción de Leopardi.)

Porque devuelve al cielo
Su brillo el sol, y el céfiro sonoro
Rasga en las nubes á los rayos de oro
El tenebroso velo;
Porque á las sueltas brisas dan el vuelo
Las tiernas aves, y á la luz del dia
Deseos y esperanzas lisongeras
En los retiros de la selva fria
Renueva amor en las rebeldes fieras,
¿Tornar la edad feliz acaso viste,
Humana mente en el dolor sumida,
La edad feliz que huyó cuando encendida
Brilló de la verdad la antorcha triste!
¿No por siempre apagó sus rayos Febo
A las pupilas del dolor? ¿De nuevo
Vienes, oh primavera floreciente,
A conmover al corazon que llora
Ya en la inútil aurora,
Trémulo y frio, la vejéz presente?

—¿Vives, vives, oh pía
Naturaleza? ¿Vives y aun resuena
Tu voz materna á mis oidos grata?
A la cándida ninfa dióle un dia
Albergue el fresco rio, y la serena
Fuente espejo de plata.
La selva que desierta se dilata,
Donde hoy tú solo, viento, libre moras,
Las huellas veces mil de pié divino
Sintió en danzas sonoras;
Y si el pastor hacía el raudal vecino
Las sedientas ovejas
Del mediodía en las radiantes horas
Llevó cantando, en el callado ambiente
De la flauta de Pan oyó las quejas.
Turbada vió la límpida corriente,
Y medroso tembló, pues á la humana
Vista invisible, cazadoras ninfas,
Vuestra púdica reina en el ameno
Márgen se inclina y en lavar se afana
Del seco polvo en las serenas linfas
El brazo virginal y el niveo seno,

Vivieron, sí, las plantas y las flores,
El bosque tenebroso vivió un día;
Hablaban al mortal los voladores
Céfiro y las nubes, y el que envía
Su luz al orbe entero astro gigante;
Y al marchar de tí en pos, en la desierta
Noche, ciprina estrella, el caminante,
Vió en tí su dócil guía,
Y cuidadosa de su senda incierta
Te imaginaba. Si el rencor horrendo
De la ciudad y sus impuros lazos
El infelice huyendo,
Buscó refugio en tus abiertos brazos,
Naturaleza, en el desnudo tronco
Sintió de Dafne el palpar violento,
Y en el susurro de las ramas bronco
De Clímene y sus hijos el lamento.

Ni del dolor humano,
Oh, duros riscos, el lloroso acento
Rechazasteis vosotros, cuando flébil,
No error del aire vano,
Alma de triste ninfa á quien contraria
Suerte y amor del débil
Cuerpo lograron despojar, vivía
En vuestras rocas Eco solitaria.
En hueca gruta ó escarpadas quiebras
El vario lamentar de los mortales,
Ella á los curvos cielos repetía:
Y á tí también que en la enramada umbría
El renaciente Abril tierna celebra,
De los humanos males
Te fingió el mundo esperta, ave canora,
Y cuando en la serena
Noche escuchó tus trinos desiguales,
Oyó la voz que llora
Antiguo daño y renaciente pena.

Mas, no, tú vives al dolor agena:
En tu trinado canto los enojos
No vibran del dolor, é indiferente
Te oculta, menos grato á nuestros ojos,
El valle, de tus quejas inocente.
Ya el coro omnipotente
De los dioses Olimpo no sublima;
Y pues que ciego el rayo
Truena de cima en cima,
Y en los incultos é inculpadlos pechos
Infunde igual desmayo;
Pues que olvidando los heróicos hechos
El patrio suelo sin valor procrea
Débiles almas: al mortal gemido
Sordo también tu oído,
Santa naturaleza, nunca sea.
La que de tí reclama
Torna á mi corazón antigua llama,
Si vives aun, si aun animada existes,
Si en las hondas entrañas de la tierra
O en los líquidos senos,
Algun poder se encierra,
De nuestras penas tristes
Si no piadoso, espectador al menos!

TEODORO LLORENTE.

Á LA MUERTE DE MI BUEN AMIGO

el joven y simpático

D. TOMÁS RODRIGUEZ DE COLOMBRES.

ELEGÍA.

¡Y ya no existes!!!—A la mente mía
De halagüeña amistad dulce memoria!...
¡Por qué á la parca impía,
Para amargar mi historia,
Dejas que, en ella, con luctuoso dedo,
Página escriba de tristeza y luto,
Pasma llevando al corazón y miedo,
De su destino destructor por fruto?...

¡Humo la vida es!—Brotó en el valle,
Rico de galas su gentil capullo,
Lirio de esbelto tallo,
Del aura al dulce arrullo:
Mas su hálito respira ponzoñoso
En derredor la parca destructora,
Y entonces se alza el huracán dañoso,
Y, marchita, la flor se descolora.

Y el lirio esbelto y de lucientes galas,
Gloria del valle y de las auras nido,
Que agitaron sus alas
Sobre él, con dulce ruido,
Vese al empuje de huracán violento,
Del Genio destructor por vil despojo,
Caer al polvo, que arrebató el viento;
Y, do estaba la flor, se alza un abrojo!

—Así, ¡mi buen Tomás!... así á la vida
Lirio brotaste en tu feliz mañana;
Y, de galas vestida,
Al verte flor temprana,
Te sonrió la aurora en el Oriente:
Y del amor las auras te arrullaron:
Y el ángel de amistad besó tu frente:
Y en mirarte tus padres se gozaron!

¡Y yo tu amigo fui!... Juntos un día,
En mundos revolando nuestra mente
De amor y poesía,
Vagamos dulcemente
Del Bernesga en la plácida ribera,
La esencia de sus flores aspirando
En las tardes de hermosa primavera,
Los dos allí felicidad cantando!

Pero ¡ay!... ¿de tal felicidad, ahora,
Qué nos queda, si no la sombra inerte,
Que marca, aterradora,
La prepotente muerte,
La flor tronchando, que se alzó galana,
Vida á gozar de divina encanto
En la feliz, espléndida mañana?...
¿Qué nos queda...? ¡ay de mí! Tan solo llanto.

¿Llanto dije, no mas? ¡Ah! ¡no, perdona!
Perdona, amigo, si al dolor cediendo,
Llanto, que al alma abona,
Mis párpados vertiendo,
Velados por sus lágrimas, mis ojos
No ven con gozo, á tu feliz memoria,
Que en la tumba, que guarda tus despojos,
Por premio á tu virtud, se alza la gloria!...

¿Qué importa, á fe, que el huracán bramando,
Se alce en torno á la flor lozana y pura,
Y, su cáliz tronchando,
Mate su galanura,
Sus hojas arrancando, ya sin vida,
Si otra vez, en hermosa primavera,
Del polvo, en que se mira convertida,
Ha de brotar la flor mas placentera?

¿Qué importa, sí, que el acerado filo
De la guadaña de la parca impía
Haya cortado el hilo,
De do tu sér pendía
Si en polvo, de virtudes fecundado,
El lirio de tu sér se eleva al cielo,
Y allí renace, de verdor colmado,
A mejor primavera, que en el suelo?

Perdona, amigo, si lloré... ¡Te amaba,
Como de mi amistad preciosa joya;
Y, al perderte, pensaba
Tal vez, que en la honda hoya
Todo al abismo del no ser se hundía,
Nombre, amistad, memoria y bienandanza!
Pero ¡ah!... me habló la Fe, y el alma mía
Te vió en el cielo, y la alentó Esperanza!

Perdona, sí!.. Y en el sentido canto,
Que, triste, arranco á mi laud doliente
En mi retiro santo,
De esa mansion luciente,
Donde libre el espíritu revuela...
Escucha el eco de amistad cristiana:
Grato bendice al que tu gloria anhela:
Y goza, en Dios, felicidad temprana!

Real Colegio del Escorial.
Noviembre 22 de 1864.

MARIANO LLORENTE FERNANDEZ.

LA HIJA DEL CORONEL DESPARD.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

(Continuacion.)

VI.

Durante los primeros meses que Elena estuvo en París, apenas quería salir de casa ni ser vista de nadie; siempre solían encontrarla sola en su habitación rezando y llorando la pérdida de su padre. Su tía, al verla en este estado, participaba también de la misma tristeza.

El ciudadano Duran procuraba sacarla de esta melancolía y dió orden al cochero para que siempre que salieran de casa dirigiera el carruaje por los sitios mas públicos á fin de que fuera distrayéndose poco á poco.

Ya mas consolada, fue Elena perdiendo el carácter melancólico que predomina en los británicos, y bajo el claro cielo de la Francia adquirió esa vivacidad que caracteriza á los franceses.

La bondad de su carácter, su hermosura, y sobre todo la esmerada instruccion que tenía, la hicieron conquistar muy pronto el aprecio de todas las personas con quienes trataba.

En aquella época del consulado, la Francia ya habia dejado cuasi todos los hábitos del tiempo de la convencion y del directorio. El clasicismo en las artes y en la literatura iba desapareciendo.

Las mugeres vestían imitando en algunos trages las modas del tiempo de Luis XV y el Estado se preparaba para entrar en la nueva era del imperio.

Napoleon Bonaparte era el ídolo del país, en él fundaban todas las esperanzas, á él se dirigían todas las miradas y creían ver en él un ángel de redencion para la Francia.

Los ingleses por el contrario le consideraban como un soldado de fortuna que se esforzaba luchando, mas para enaltecerse en la vanagloria de las batallas que para dar preponderancia á su nación.

Siempre los Galos han sido de distinto parecer que los Bretones.

Como el carácter particular de la Francia, el cual la distingue de las demás naciones, consiste en la prontitud con que se propaga una idea y se resuelven á llevarla á cabo; iniciada que fue la del imperio corrió con la velocidad del rayo; y en fecha 10 del Floreal del año 12 de la República (1) el tribuno Curre tomó la iniciativa y subiendo á la tribuna pidió que Napoleon Bonaparte fuese proclamado emperador de los franceses, y que sus hijos heredasen ese título supremo. En trece del mismo mes el tribuno emitió su voto declarando que Bonaparte, primer cónsul, fuese proclamado emperador, y que en calidad de tal tomase las riendas del gobierno; que el título de emperador y el poder imperial fuesen hereditarios en su familia de varón en varón y por orden de primogenitura; y finalmente que al hacer en la organizacion de las autoridades constituidas las modificaciones que podia exigir el restablecimiento del poder hereditario, se conservaran con toda integridad la igualdad, la libertad y los derechos del pueblo.

Este voto fue llevado por una diputacion al senado, cuyo presidente reasumiendo todas las maldiciones pronunciadas por los oradores del tribuno contra la antigua dinastía dijo: (2) «Así como vosotros, ciudadanos tribunos,

(1) Corresponde al 30 de Abril de 1804.

(2) Léase la historia de Francia escrita por T.

«tampoco nosotros queremos Borbones, porque no queremos la contrarevolucion, único presente que pueden traernos esos malhadados prófugos, que se llevaron en su compañía el despotismo, la nobleza, el feudalismo, la servidumbre y la ignorancia, y cuyo último crimen es haber supuesto que el camino por donde pueden volver á Francia debe pasar por Inglaterra»

En aquel momento el cuerpo legislativo no se hallaba reunido; pero su presidente, Fontanes, y algunos de sus miembros, no dejaron escapar la ocasion de unir sus votos á los que iban llegando de todas partes, porque efectivamente en todas partes habia una servil solicitud para obligar á Bonaparte á levantar el trono y á sentarse en él. Hasta la misma *Vendée* manifestó este deseo.

Mientras que esto sucedia en Francia, en Inglaterra no se hablaba de otra cosa mas que de preparar medios de defensa. Pitt consideraba insuficiente la marina inglesa para defenderse en caso de agresion y censuraba con aspereza la negligencia de los ministros, porque apenas habia buques en construccion en los astilleros, particularmente cañoneras consideradas por todos como necesarias para rechazar á una escuadrilla enemiga.

Tambien llamaba la atencion del pueblo inglés que hubiera mas de mil buques de transporte y demás bajeles en las inmediaciones de Boulogne, y creian que era muy urgente el patentizar con preparativos de defensa que se conocia el peligro que amagaba al pais.

Finalmente, los franceses establecieron el imperio sentando á Napoleon Bonaparte en el trono de San Luis, del que con tanta desgracia se levantó el infortunado Luis XVI.

No es posible describir el entusiasmo de la Francia al ver emperador á su primer cónsul. Les pareció mirar en él un sol que permaneciendo siempre fijo sobre el horizonte de las Galias, habia de disipar con sus brillantes rayos la oscuridad de las tinieblas de la revolucion, y deshacer cuantas tempestades se acumulasen en la atmósfera política.

La idea de la gloria embriaga al pueblo francés, y era su soberano un héroe que habia ganado muchas batallas.

El recuerdo de la república no les era muy grato y todas las cosas volvieran á su ser y estado primitivos, con la sola diferencia de que se las vestia con el oropel de la civilizacion.

A la palabra ciudadano la sucedió nuevamente la de Monsiur. Los principes franceses y las hermanas del emperador tomaron el título de Alteza Imperial, los grandes dignatarios el de Alteza Serenísima; el de Monseñor los principes fueron dignatarios, mariscales ó ministros, añadiendo á estos últimos el de Excelencia.

El Pontífice Pio VII fue á Francia á consagrar al nuevo Emperador.

El pais creyó rejuvenecer con la institucion del imperio.

En las casas de los particulares se sucedian con frecuencia los *soirés*.

Monsiur Duran abrió sus salones á una brillante reunion de oficiales de la legion de honor, escritores y capitalistas, gente toda escogida y de buen trato. Elena Despard concurrió por primera vez á este género de reuniones sociales y su célica hermosura escitaba la envidia de muchas bellas y el entusiasmo de muchos jóvenes.

Todos los lunes recibian en casa de Madame Duran y los sábados concurrían á casa de Madame Garat.

Madame Garat era una señora de muy buena sociedad casada con un coronel retirado que habia hecho con Napoleon la campaña de Egipto y tenian un gran ascendiente con todos los mariscales del imperio. Un hijo del coronel Garat, llamado Federico estaba, como muchos, enamorado de Elena y ésta aunque se mostraba amable con todos, todavia no se

le habia borrado del corazon la imagen y el carácter del amante que perdió.

Federico era un joven de aquellos vanos y superficiales que tienen buen fondo pero para nada sirven en sociedad. Toda su dicha la cifraba en componerse, en hablar de todo y de nada entendia.

Su madre, Madame Garat, creia que su hijo era un joven lleno de talento y sabiduria, y como Elena tenia muy buenas dotes, pensaba la madre que él solo la merecia, y le alentaba mas la pasion.

Federico vano y presuntuoso no dudaba obtener la mano de la joven y en todas partes, decia que Elena Despard era su novia y que estaba resuelto á casarse con ella.

En el *soiré* siempre la sacaba á bailar antes que otro lo pudiera hacer.

Un dia que habia reunion en casa de Monsiur Duran fue un joven capitán de la legion de honor, militar valiente que habia mostrado su intrepidez en varias batallas y particularmente en las de la campaña de Italia en donde adquirió el empleo de capitán.

Este joven era hijo de un cirujano quien habia procurado darle muy buena instruccion y viéndole inclinado á seguir la carrera de las armas le puso al servicio de la república y en pocos años consiguió ganarse la graduacion que tenia.

El capitán Monsiur Eduardo Miró, que así se llamaba el joven militar, era un hombre gallardo, de alta estatura, color blanco, cabello castaño, ojos pardos, mirada penetrante; amable en su conversacion y prudente, á la par que desenvuelto y arrogante. En su conjunto parecia un exacto y vivo retrato del desgraciado Francis.

Elena al instante que lo vió, del fondo de su corazon exhaló un suspiro y empañaron dos lágrimas sus ojos.

Monsiur Miró no cesaba de dirigirla sus miradas y viéndola muy bella procuró ponerse á su lado y dirigirla algunas palabras á las que ella contestó con su habitual amabilidad, pero cada vez que oia la voz de su interlocutor parecia estremecerse interiormente.

El oficial ignoraba la causa de esta sensacion y se acrecentaba su curiosidad en querer saberla.

Otro dia que la encontró en un baile que daban en la embajada de España, volvió á hablarla y entre otras varias cosas le dijo Elena; que tenia un gran parecido con un amigo suyo que ya no existia.

Monsiur Miró supuso inmediatamente que este amigo debió ser el amante de Elena y varió la conversacion hablándola de lo muy bien arreglados que estaban los salones de la embajada.

Dos semanas despues supo el oficial toda la historia de Despard y sus cómplices políticos y entonces se interesó mayormente por la infortunada joven, estrechó mas las relaciones que tenia con los tíos de ella, Monsiur Duran y su esposa, y á la simpatía sucedió una grande amistad con Elena que pronto convirtieron entrambos en amor.

Federico se afanaba en interrumpir estas relaciones y cada dia ponía mas esmero en vestir elegante para atraerse la voluntad de Elena. Pero esta sabia preferir la sencillez de un joven de buen juicio al empaque de un petimetre.

La madre de Federico se mostraba resentida porque el capitán era preferido á su hijo y llegó á enfadarse tanto que dejó de asistir á los *soirés* de casa Madame Duran. El padre, Monsiur Garat, que conocía las sandeces de su hijo y las preocupaciones de la madre por evitar disgustos mandó á Federico á estudiar en uno de los colegios de Alemania, pues ya habia sido expulsado de muchos de los de París.

El capitán Miró amaba á Elena con todo el

fuego de su cariño, mas palidecian sus ilusiones pensando que ella era rica y que él no tenia otra riqueza que su espada. Decidióse por fin á pedir su mano á sus tíos, éstos quisieron consultar antes la opinion de la sobrina, y le dijeron que ya le contestarian.

Madame Garat decia por todas partes que Elena era hija de un ahorcado y que el capitán solo iba en busca de sus riquezas.

Grandes fueron los disgustos que ocasionaron á ambos amantes las palabreras de la tal señora.

Su esposo, Monsiur Garat, siempre hablaba en elogio de entrambos. Del capitán, decia, que nada importaba que no tuviese dinero, que la sola gloria de servir con lealtad al imperio le bastaba para hacerle digno de casarse con quien lo tuviera. Y que si el coronel Despard habia muerto en un cadalso era por amor á la libertad del pueblo; que su hija podia estar orgullosa por ello en vez de afrentarla.

Monsiur Duran y su esposa dijeron á Elena todo cuanto les habia dicho el capitán Miró y ésta declaró sinceramente que sí que le amaba y que le prometeria ser su esposa si ellos daban su consentimiento. Estos la manifestaron su conformidad y aguardaron á que el capitán volviera para contestarle.

El joven oficial que supo la respuesta que le aguardaba, saltaba de gozo y se creia ser el mas feliz de los hombres. Tenia por protector á un amigo suyo llamado Monsiur Lannes que era uno de los siete grandes oficiales de su cohorte, y le invitó á que le acompañara á empeñar su palabra de casamiento con Elena.

Monsiur Lannes queria mucho á su amigo y aceptó gustoso la proposicion.

Era el gran oficial un francés de los mas entusiastas por Napoleon y por la libertad del pueblo. Sabia la historia de Despard y compadecia á Elena por su desgracia.

Unicamente le preocupaba un poco la idea de que el casamiento de su protegido fuera con una estrangera y particularmente británica.

Como guerrero era algun tanto adusto en el trato, pero leal, franco y valiente. Su corazon duro en el combate y muy tierno fuera de él.

Llegado el dia de la presentacion fue con su protegido á casa de Monsiur Duran, y al ver la sencillez y agrado de Elena le mereció muy buen concepto.

El capitán Miró indicó otra vez su proposicion, y Monsiur Duran le contestó:—Señor oficial, vos me pedisteis, hace pocos dias, la mano de mi sobrina Mademoiselle Elena Despard, hija del difunto hermano de mi esposa que está presente.

Madame Duran contestó inclinando la cabeza.

—Elena Despard, continuó Monsiur Duran, no tiene en el dia otros que nosotros que la representen; pero puede estar segura que miramos sus cosas como nuestras.

No tenemos hijos y la adoptamos como á tal, ahora y para despues de nuestros dias; así pues, si convenimos en dársela por esposa es con la confianza que la hareis dichosa amándola como nosotros.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alfaro.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.